



Tercer lugar

♦ Cecilia Alejandra Ananias ♦
Concepción

La Puerta acallada

La recuerdo en estas noches vacías y apestantes a alcohol. Tan libre, con su abanico de cabellos negros saltando al ritmo de una canción saturada, que se desmenuzaba bajo los dedos de una DJ en corsé gótico. Era uno de esos clubes clandestinos, oculto tras un letrero de "peluquería" y la espalda de un guardia de cariz oscuro, que poco y nada sabía de cortar el pelo, pero que te apartaba de la fila ante el primer indicio de que eras menor de edad.

Diecisiete años y el mundo era nuestro. En ese entonces nuestros gustos eran básicos y se resumían a una Baltica de litro en una mano y los besos húmedos en un diván abandonado en el segundo piso. A nuestro alrededor bullía la sexualidad entera de la ciudad en todas sus formas, sin cadenas ni vendas. Un Triángulo de las Bermudas para irse a perder.

Otras veces era una petaca de whisky sentadas arriba del Cerro Caracol, mirando a Concepción desfallecer en un atardecer lánguido y oxidado. Más allá, los conductores furtivos se estacionaban a masturbarse, aprovechando la visión gratuita de dos chicas fundidas por la boca y contrastadas por lo que quedaba de sol. Nosotras nos sentíamos volar tan alto entre beso y beso, que dejábamos atrás la silueta de los árboles enfermos, las miradas pervertidas, los condones abandonados y el fuerte español a medio destruir. Como si no existiera nadie más; como si ese cerro a maltraer fuese el mismísimo paraíso.

La recuerdo tendida en su cama: su piel blanca, casi transparente. Los pezones dulces y rosados. Pero caía la noche y entre sueños la veía debatirse afebrada por demonios que al día siguiente ella no lograba recordar. Había algo dentro de su cuerpo que se agitaba y la mordía. Tan oscuro y profundo que a veces la lograba ahogar...

Dieciocho años y la tristeza del planeta entero caía sobre su espalda. Llantos imprevisibles y extrañas marcas en su piel. Nos amábamos con furia un día y al siguiente era como si yo dejase de existir. Hasta la noche en que no me logró reconocer por más que gritara su nombre y la obligara a mirarme a los ojos. "Descompensación bioquímica", dijo el siquiatra. "Un atentado contra el Señor", dijo su madre. Y me convertí en una "mujer del demonio" con el solo índice de su mano apuntando hacia mí.

Dieciocho aún y el Parque Ecuador nunca antes se vio tan desolador. El otoño que antaño me hiciera suspirar con sus colores, ahora me desvestía la piel y el alma con su frío viento anunciando un invierno precoz. Ella, con la mirada perdida y el aliento apestando a litio cuando nos dijimos adiós. Me dijo que se marchaba a buscar paz interior.

Veinte años y a veces la veo pasar por la calle. Y me desvía la mirada. Cuando su grupo religioso sale a tocar las puertas, hacen eco por todo Concepción. Excepto en la mía: mi puerta no merece más palabras de amor.
